DIBUJO DE FIGURA

Julio Manegat

Ni los mismos escritores saben hasta qué punto sus libros, sus aportaciones a la vida literaria del país, llegan a doler al comentarista que se ve desbordado, en deber siempre de sacrificar a unos por otros títulos. Semana tras semana se amontonan los libros y el comentarista siente hacia ellos una irremediable sensación de tristeza, de irrecuperable presencia. Y digo todo esto refiriéndome ahora precisamente a los libros de poesía. Cientos se publican cada año y sólo un puñadilIo de ellos llega a la atención de los lectores de esta página literaria. No se llega a donde no es posible llegar: Y paciencia.

Gozo, pues, me produce cuando comento el último libro de un poeta. Aquí el nombre de Antonio Pereira, aquí, en la presencia, en el recuerdo, sus libros: «El regreso», «Del monte y los caminos», «Cancionero de Sagres»... Aquí su libro de cuentos «Una ventana a la carretera» y su novela «Un sitio para Soledad»... El leonés Antonio Pereira es un hombre que pertenece a la generación frustrada: la que vivió la adolescencia primera durante la guerra, la que se hizo hombre de pronto, la que conoció una postguerra rodeada de mitos que poco a poco se iban cayendo a los pies; la que pudo haber sido mucho y se quedó en la nostalgia, barrida por los de antes y desconocida por los de después.

Antonio Pereira es un poeta prudente, lleno de precisión, que sabe permanecer con galanura fuera de las modas y, sin embargo, dentro de la actualidad. Su obra iniciada con «El regreso» (1964), ha ido madurando a lo largo de los años y de los títulos antes citados. Ahora nos llega su último libro de poesía: «Dibujo de figura», que aparece en el índice de la colección «El Bardo», de Ediciones Saturno. El libro, tampoco es necesario buscarle siempre una estricta unidad a un libro de poesía se divide en tres partes. En la primera, el poeta -recordemos lo de su pertenencia a la generación frustrada, que no fue protagonista de la guerra pero sí testigo, y víctima, como víctima fue de la postguerra- evoca su niñez, su adolescencia, cuando aquellos muchachos: «Como pájaros nuevos aprendíamos / y una tarde sin viento nos soltaban / y había que volar». La edad del recuerdo, la edad para los descubrimientos esenciales del vivir, del compartir la vida con los demás. Así el amor adolescente, el miedo de aquellos años en los que «el pudor era imprescindible más que todos los meteoros juntos». Descubrimiento de la

libertad, como una intuición presentida, en el amor. Y el poeta no olvida acentuar en su libro, en algunos poemas de su libro, su perfecta y sonriente ironía: «Volvíamos despacio / con una hierba húmeda en los dientes, / asombrados / de que el amor nos ensanchase el mundo, / quizás algo confusos / por si pecábamos contra el Gobierno».

Más y más se va adentrando el poeta en su camino de Investigaciones refugio de una profundidad que se acentúa: «Los lunes / podíamos mirarnos cara a cara, / con ojeras acaso, más amigos, / también algo más hombres». Son muy bellos los poemas en los que Pereira nos evoca esa edad perdida, con todos los misterios del descubrimiento de la carne, del espíritu del amor, de la transfiguración de los ojos que aprenden a mirar de otra manera. Y, como siempre, aunque dentro del perfil personal de este escritor, se lanza la nostalgia de toda esa juventud, viva, alertada que desaparece como un río, río abajo. Luego de la nostalgia vendrá, como decía, el encuentro de una mayor realidad, más profunda y consciente Incluso en el mismo recuerdo «que ningún viento volverá pedazos».

Es necesario resaltar como, sobre todo en la segunda parte del libro, que tiene unas intenciones oscuras, de índole religiosa, los poemas de Pereira no son fácilmente asequibles y requieren más de una meditada lectura para encontrar cómo el poeta se inicia -tan iniciado él- en la comunicación con los demás, con los sufrimientos que, de algún modo, llevan también al recuerdo de la guerra. Se agudiza aquí el sentido social, humanístico, moral, hacia los demás, hacia el prójimo. Y esa ironía amarga vuelve a traernos una acidez crítica, un sentido social profundo y comunicado.

La segunda parte de este bello y alto libro de poemas requeriría un mayor detenimiento que, aquí, en la simple reseña de un diario, no es posible. Quiero decir, por último, que la tercera y última parte cobra un nuevo rumbo y su poesía, un largo hablar del poeta con su madre muerta, se hace tensa, libre, emotiva dentro de un equilibrio, de una enternecida meditación que es menos, para entendernos, cerebral y equilibrada, para adentrarle en un torrente de seriamente sentimentales acentos: «No es que entrara la luz, es que salía / la oscuridad que tú nunca has querido, / los negros algodones con que el celo / amante da mordazas a sus muertos». Poesía entrañable, plena en emocionada comunicación en la que, es inevitable en los hombres de nuestra generación, se evoca el lejano fantasma de la guerra: «Me soñé capitán aquel verano / de estrellas y de emblemas / y el invierno / de capotes forrados de una piel de cordero, / niño que no sabría sospechar / ni una gota de Sangre salpicada»,

El poeta alcanza en este libro una plenitud nostálgica, lírica y profunda.

El poeta avanza en su camino y dibuja, a lo largo y a lo lejos, junto a la tristeza, la intuida niebla de la esperanza.